

Reencuentro con la poesía de Amighetti

A Francisco Amighetti, el gran pintor y xilógrafo costarricense tan nativo, y al mismo tiempo, extra-fronteras y ultraoceánico, y al narrador andariego de todos los caminos de América y Europa, le conocimos en Nicaragua, allá por 1941, en la inefable compañía del poeta y cuentista Manolo Cuadra, cuyo recuerdo imperecedero impregna nuestras vivencias dentro del movimiento literario vanguardista en la patria de Rubén Darío.

Un año después, el destino nos brindó la oportunidad de frecuentar su hogar, donde se encendió la lámpara de una amistad intemporal. Sin embargo, viajes, traslados, descontinuaron el dorado hilo de ese intercambio, no sin que recibiéramos, ya en Guatemala o en El Salvador, sus relatos itinerantes de "Francisco en Costa Rica", "Francisco en Harlem" y "Francisco y los Caminos".

En relación con su personalidad de pintor y narrador, siempre intuimos en Amighetti su posterior entrega a la poesía, iniciada hacia 1936; pero plasmada, luego, ya en plena cosecha con la publicación de un poemario (Editorial Costa Rica, diciembre de 1974), precedido por un prólogo del escritor rumano Stefan Baciú y exornado con ilustraciones del pintor argentino Raúl Soldi.

La edición de *Poesías* de Amighetti iba a coincidir precisamente con las vísperas de la celebración en Costa Rica de su 70 aniversario, el cual culminó con una exposición de sus grabados costarricenses en la Sala de los Pasos Perdidos en París, bajo los auspicios de la UNESCO en 1976.

Larga labor sería para un hermeneuta crítico seguir la evolución de su pintura y de sus grabados, a través de no menos de 20 Exposiciones realizadas en Centroamérica, Estados Unidos, México, Sudamérica y Europa, después de recibir reiterados reconocimientos honoríficos, desde el Primer Premio en la IX Exposición Centroamericana de Artes Plásticas de 1937.

Pero el leit-motiv de este propósito converge ahora a reseñar un nuevo encuentro con la poesía de Amighetti, puesto que otra cosa sería referirse a su in-

tensa obra de narrador que le mereciera el otorgamiento de codiciado Premio "Magón" de su país, en el año 1970.

Es ese Amighetti en flor de los 70, a quien visitamos una noche fría de febrero en su acogedor apartamento de La Paulina, carretera a Sabanilla de San José, en compañía de la iconoclasta escritora nicaragüense Gladis Miranda Arellano, el que interesa a nuestro comentario escrito a pluma de pájaro. Porque si en *Poesías*, este pintor que dibuja cantando o canta dibujando, realiza ya su autobiográfica comunión con la naturaleza y las circunstancias de su intimidad con el acento puesto, como en Rainer María Rilke, en los designios del hado y en la maravilla de la vida, su senectud proteica de que suele coronarse de laureles y pámpanos, se da en poemas de insólita y estremecedora integración con el cosmos que lo rodea sin tiempo y sin espacio.

Mientras ardía una vez más el aceite de la lámpara de nuestra antigua amistad, nos dimos al ejercicio de salmodiar, —porque sus poemas tienen una música interior que incita más allá de la mera recitación—, un conjunto de cantos aún inéditos, donde Amighetti está alcanzando las escalas más altas del intimismo poético, en dramática identificación con la naturaleza circundante y el pathos de su destino.

Hubiéramos deseado, desde ese nocturno con Amighetti, no exento de un toque añorante de juvenil bohemia, poder citar ahora trozos de sus últimos poemas. Pero así como una hoja basta para reconstruir la visión de un bosque, dejamos aquí, cerrando el comentario, este nostálgico canto a Myriam: /

"He venido a estos parajes fríos de los grandes lagos,
huyendo de mis dolores,
de mis punzantes recuerdos.
Sin embargo, no quiero borrar lo que es imborrable,
lo tatuado por el fuego.

En este otoño de encendidos árboles,
en esta lluvia lenta amarilla, dorada, roja,
con mi soledad a cuestras deambulo por los parques
viendo caer las hojas".